

**EL MAL, LOS VERDUGOS Y SUS VICTIMAS:
ACERCA DE UNA ESCRITURA COMPARTIDA
EN EL *DIARIO DE JOHN ROBERTSON***

Blanca Strepponi

Recuerdo con absoluta claridad una noche durante la que permanecí acostada junto a un hombre a quien yo amaba. Las luces de la calle apenas iluminaban la oscuridad de la habitación. Estábamos despiertos pero en silencio y de pronto una jauría de perros comenzó a aullar. Tuve miedo, un miedo puro, sólido y extraño que no provenía de ninguna amenaza concreta. Entonces me abracé a él, sentí el frío avasallante que provenía de su cuerpo, dije “tengo miedo”, y comprendí en ese instante la naturaleza maligna de su alma.

Esa imagen — que tan bien resume para mí la experiencia de haber percibido el mal, la inequívoca mirada de la muerte, la crueldad del verdugo, el desamparo de la víctima y su extrema soledad — me hizo imperiosa la necesidad de comprender y, aún mucho tiempo después, me impulsó de un modo misterioso hacia zonas de pensamiento que nunca antes había tenido en cuenta con seriedad. La víctima de heridas tan severas se restablece de manera muy precaria y, suerte de crónico convalesciente, requiere con urgencia de una explicación que reordene el mundo, que justifique el sentido, propio y ajeno, de lo humano.

I. El verdugo feliz.

Bajo el influjo de este estado de alerta, leyendo una mañana el periódico, encontré las declaraciones que hiciera Saeed Al-Sayyaf, verdugo oficial de Arabia Saudita, quien llevaba cortadas a la fecha seiscientas cabezas y no sé cuantas manos. Quedé de inmediato deslumbrada, paralizada como un conejo bajo la linterna del cazador. Porque no se trataba únicamente de la impúdica

expresión de su punto de vista; después de todo, ante la crueldad islámica los occidentales aminoramos nuestro espanto bajo la excusa de una cultura ajena. Había algo aun más importante: las palabras, el lenguaje.

Eran palabras efectivas y precisas, propias de alguien que describe orgullosamente su oficio, un oficio que requiere destreza, fuerza física, determinación moral y, en este caso, absoluta inconciencia del placer que provoca en quien lo ejerce. Saeed (Feliz) Al-Sayyaf (Verdugo con espada) se considera a sí mismo un instrumento divino, su mano es la mano justiciera de dios.

Veamos qué dice Saeed: “Mutilar las manos requiere de más coraje, ya que uno está cortando parte de un cuerpo que va a sobrevivir. Decapitar es mucho más simple, uno sólo tiene que separar la cabeza. Cortar las manos requiere de una mayor atención para estar seguro de que la espada no se desvíe del lugar preciso.”¹ Agrega luego, para comentar el uso de una banda negra sobre los ojos de quienes esperan ser ejecutados: “Esta es una disposición puesta en vigor luego que la cabeza de un convicto que decapité fue a dar directamente a los pies de otro que esperaba ser decapitado, quien murió de un infarto cardíaco”.

Poco tiempo después, cuando aún continuaba viviendo ese sanguinario clima interior, alguien, generosamente, me invitó a participar de una antología temática: La Flor. ¿Flores?, repliqué indignada, ¡no tengo, ni tendré, nada escrito sobre flores! Pero la ira suscitada fue tan grande y absurda que decidí aceptar y escribí a continuación mi primer poema por encargo: “El jardín del Verdugo”.

El jardinero es Saeed, y las flores que con tanto esmero poda, las cabezas de los reos. Así como a Saeed le fue fácil cortar cabezas a mí me resultó fácil escribir este poema porque el mismo Saeed me dio la clave del lenguaje e, incluso, varios pasajes ya escritos.

Había abierto una puerta que ya no podría cerrar, había comenzado a recorrer un camino doloroso pero anhelado, pues todo proceso de creación es, esencialmente, un proceso de conocimiento. Comencé a leer libros de historia, y de historia de las religiones, sobre todo los que me proveían de material documental.

Me parece indispensable aclarar que jamás mi fuerte fue la historia, mejor dicho, siempre fue mi débil, junto con la religión. Confieso ser absolutamente ignorante en ambas materias; pero no sólo se trata de ignorancia sino de un grave problema que me aqueja cada vez más: tengo pésima memoria. Y por si esto fuera poco, carezco de educación humanística formal, pues mis estudios universitarios se interrumpieron en la mitad de la carrera de medicina.

Así desprovista, sin planes, sin saber adónde iría, ni siquiera exactamente lo que buscaba, comencé una prolongada investigación cuyo exclusivo método fue el de sucumbir a la obsesión más tenaz. Como un sabueso, me dediqué a rastrear en las páginas de los libros la figura del Verdugo. Encontré muchísimos, en todas las épocas, muchos felices Saeed. Y, sorprendentemente, mis

verdugos continuaban ofreciéndome su lenguaje.

Oigamos, por ejemplo, las “Palabras de Gregorio Magno”*, en el año 590, con una ligera intervención de mi parte:

Es verdad// la gracia del bautismo redime/ a todos los fieles/ del pecado original// Sin embargo/Dios/el Justo/ discriminó la existencia/de los hombres:/ hizo de unos esclavos/ y de otros hizo señores/ para que la libertad/ de cometer el mal/ fuese así restringida/ por los poderosos/ pues ¿de qué otro modo/ podría prohibirse el mal/ si nadie temiese?

O la “Carta de Arnaud Amalric al Papa (Beziere, 1209)”* a quien aprovecho para pedir disculpas por haber introducido en ella unos cuantos versos, que no son los mejores:

Gracias a nuestra astucia/ y a la poca experiencia de los sitiados/ el 22 de julio/ logramos entrar en Beziere// Resistieron cuanto pudieron/ debo decirlo/ miserables e infelices/ se refugiaron en las iglesias// Me preguntaron los mercenarios/ — Abad, decidnos, cómo distinguir/ cátaros de católicos// Y yo respondí/ — Matadlos a todos/ Dios reconocerá a los suyos// Los nuestros/ hombres probados/ en el rigor de la impiedad/ sin perdonar sexo/ edad ni rango/ pasaron por las armas/ a veinte mil personas// Tras esta inclemente/ matanza de enemigos/ toda la ciudad/ ha sido saqueada/ y quemada// La venganza de Dios/ ha sido admirable

“matádlos a todos, Dios reconocerá a los suyos” ... cuánta seguridad, qué amor por la exactitud, qué excelentes observadores, casi fotógrafos resultaban estos verdugos. Hay en ellos una vocación, diría testimonial, un apego a la realidad y a la fidelidad de la palabra capaz de expresarse sin mayores adornos, junto a una peculiar sensibilidad visual. La desmesurada crueldad de sus actos, su inverosímil omnipotencia, es multiplicada por la ausencia de toda retórica y del conjunto surge una rotunda verdad poética.

II. Del verdugo a la víctima.

Citaré ahora este testimonio del Dr. John Robertson en Venezuela, hacia 1819, durante la guerra de independencia: “El prisionero debe permanecer de pie, aun cuando en ciertas ocasiones le permiten arrodillarse; enseguida viene un individuo muy tranquilo, fumando un cigarro, con una espada en la mano, y da un golpe certero en la nuca del condenado, golpe siempre mortal, que muchas veces separa de un solo tajo la cabeza del cuerpo”.

A pesar de la sombrosa similitud entre este testimonio y el de Saeed Al Sayyaf, no se trata de la voz de un verdugo, sino de la de un testigo, un testigo horrorizado tal vez, más que por la muerte (después de todo era una guerra), porque la religión, la ceremonia, el ritual, la estética, están por completo

ausentes. Estos verdugos criollos poseían la misma ninguna), quizá menos entrenamiento, con desfachatada naturalidad. Eran primitivos, crudos... ¿bestiales? Pero hay algo aún más importante, ¿la voz pertenecía a un simple testigo o se trataba en verdad de una víctima? ¿Acaso esta voz no sólo prefiguraba la víctima de un verdugo, sino de un complejo conjunto de fuerzas, de situaciones históricas, de la vida, de la naturaleza y, en definitiva, del mal?

En su libro*, John Robertson, médico escocés, relata su viaje a Venezuela como integrante de la Legión Británica a favor de la independencia. Las expectativas de los legionarios, muchos de ellos veteranos de las guerras napoleónicas dejados de lado por su propia sociedad, se vieron por lo general frustradas al llegar — si no morían durante el viaje —, pues las promesas de compensaciones económicas, de honores militares como consecuencia de participar en la lucha heroica de un pueblo contra un imperio, no se ajustaban a la cruel realidad imperante. El ejército venezolano sólo tenía deudas y las pagaba con carne: cueros, mulas, caballos y carne salada, pues los animales que poblaban los llanos eran la única riqueza en un país arruinado por la guerra. Y en cuanto a la lucha heroica, se trataba en verdad de una guerra de exterminio.

A José Tomás Boves, militar español, se le atribuye la muerte de 80.000 venezolanos, a la Guerra a Muerte decretada por el Libertador, 140.000, y a la Guerra de Independencia, de 220.000 a 300.000; el conjunto suma del 25 al 30% de la población, teniendo en cuenta que, según apreciación de Humboldt, para 1810 Venezuela contaba con 812.500 habitantes.²

A esto debe sumarse una triste realidad sanitaria: las personas eran víctimas de severas epidemias (fiebre amarilla, tifus, malaria, etc.) y más aún los extranjeros, muchos de los cuales morían antes de pisar tierra.

Y hay aún otro elemento que da al conjunto de hambre, enfermedad y muerte un tono definitivo de maligna perversión: el paisaje de esta masiva desgracia era desmesuradamente bello, la belleza natural más violenta que imaginarse pueda. Ríos majestuosos, selvas intrincadas, llanos inmensos y una fauna espléndida y voraz que poblaba aire, tierra y agua.

III. Rumbo al corazón de las tinieblas.

La literatura suele ofrecernos coincidencias que algunos dan en llamar “mágicas”. La lectura del libro de John Robertson me remitió de inmediato a uno de los libros que más me han conmovido: *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Es tanta la proximidad temática que junto a una amiga llegamos a especular en torno a la posibilidad de que Conrad se hubiera inspirado en Robertson. Para mayor coincidencia, ambos fueron marinos. Robertson, médico de la marina real británica y Conrad, capitán mercante.

Por otra parte, *El corazón de las tinieblas* es un libro de carácter marcadamente autobiográfico; da toda la impresión de que Conrad se hubiera

basado en un diario — como en efecto comenzó a escribir apenas iniciadas sus desventuras en el Congo — que fuera luego reelaborado hasta construir una novela.

Me permitiré unas breves referencias históricas. En el año 1876 Leopoldo II de Bélgica fundó la Asociación Internacional para la Exploración y la Civilización en Africa, cuyo objetivo era, según sus propias palabras, “abrir a la civilización la única parte del globo donde aún no ha penetrado, atravesar las tinieblas que envuelven a pueblos enteros; se trata, me atrevo a decir, de una cruzada digna de este siglo de progreso”.³

El oscuro territorio en cuestión era el Congo, y a partir de ese momento, numerosos comerciantes, exploradores y aventureros de diversas nacionalidades, se internaron en el país fundando estaciones que sirvieron de base para la conquista, cuyo verdadero objetivo era el marfil. El saqueo fue tal que llevó a Conrad a calificar la empresa como “la más vil rapiña que haya jamás desfigurado la historia de la conciencia humana y la exploración geográfica”⁴. Pero el precio pagado por el marfil fue muy alto, y no sólo para los nativos, pues las enfermedades tropicales cobraban numerosas víctimas entre los blancos.

Tal como sucedió con Robertson, el río que Conrad describió como una serpiente que lo fascinaba, fue el vehículo que le permitió internarse en los profundos misterios del continente y de su propia alma. Para ambos extranjeros en un extraño, el objetivo del viaje sería pronto desbordado por una realidad intolerable. El viajero se vería aislado, obligado testigo de la corrupción de los cuerpos y de las almas, una víctima, en fin, del mal, a quien nada resta por preservar, salvo intentar una respuesta.

Sin embargo, el río, la selva, sus incomprensibles habitantes, el enigma del mal, nunca serían suficientemente develados. Cobijados por el horror, víctimas y victimarios logran unirse al fin en un estrecho abrazo.

IV. El espíritu hermano

Para quienes los libros forman parte de nuestra existencia, una extensión vital, imaginaria pero al mismo tiempo real, no resulta extraño lograr una comunión con climas literarios, pensamientos o personajes.

En este caso podría hablar de mi encuentro con John Robertson como el encuentro con un espíritu hermano. Este hombre idealista y sensible, víctima de un destino fatídico que él mismo, sin saberlo, eligiera, limitado por los prejuicios de su época y de su propia educación para comprender el alcance global de la empresa en que se vio involucrado, era también un escritor. Un escritor peculiar pues estaba condicionado por su formación científica, es decir, acostumbrado a hacer de la observación su fuente de conocimiento. De ahí la riqueza de sus reflexiones y de su lenguaje, un lenguaje que, en muchas ocasiones, tiende a ser objetivo, a describir con precisión el mundo que lo rodea.

Robertson resulta de este modo un observador privilegiado de la enfermedad que emana de todo, que se adueña de todo, hasta de él mismo; un observador que da cuenta finalmente de su propia destrucción.

¿Por qué razón hablo de un espíritu hermano? No lo sé, es un sentimiento que aún no he logrado explicar. Supongo que despierta una gran curiosidad literaria pues me lo han preguntado con cierta insistencia. El escritor José Luis Najenson dice al respecto: “la compenetración de la poetisa con su personaje da a menudo la impresión mítica de que se trata de un ‘guilgul kodem’, que en lenguaje hebreo y cabalístico denota algo así como una ‘reencarnación anterior’”⁵. En lo que a mí respecta, tal impresión mítica me satisface plenamente.

V. La escritura.

En cuanto al libro de Robertson, el que llegó a mis manos no fue por supuesto el original, datado en 1822, sino la traducción casi completa que de él hiciera el doctor José Rafael Fortique, historiador médico venezolano. Tal como la edición original — publicada en forma póstuma bajo el seudónimo de Robinson — la traducción, 150 años después, pasó desapercibida, salvo para algunos estudiosos de la historia. Resultan particularmente notorios el enmascaramiento y la insistencia periférica del personaje y su obra.

Leí innumerables veces la traducción del doctor Fortique, hasta que decidí escribir mi libérrima versión. Me propuse ser más estricta y susinta que Robertson y acentuar la forma del “diario”, fechando rigurosamente los hechos relatados. Eso me ayudó a mezclar sin escrúpulos prosa, cartas y poemas. Obvié de este modo el fatigoso problema de los géneros y, en cuanto al contenido, hice caso omiso de las reflexiones políticas o raciales.

Para construir el personaje — producto de mi intuición, pues son casi inexistentes los datos personales ofrecidos por Robertson — imaginé una biografía y una correspondencia: la carta donde se despide de su madre y que abre el libro; la carta que envía a su hermana cuando ya es presa de la mayor desesperanza y una carta final, a un amigo, cuando presiente su próxima e inútil muerte. Traté en ellas de imitar cierta formalidad estilística de Robertson que, por otra parte, respondía a las convenciones de la época.

Una vez seleccionados los fragmentos de su prosa que más me interesaron por la fuerza descarnada de su lenguaje y porque expresaban el profundo asombro del extranjero — extranjero en el más amplio sentido; distante, extraño, exiliado —, me limité a versificarlos, con ligeras modificaciones, pero sumando finales de mi invención. Realicé de este modo una apropiación consciente no sólo del lenguaje de Robertson, sino también del de su traductor.

Reconstruí su itinerario por el río Orinoco que se corresponde con el avance de su enfermedad. Los ataques febriles que padecía Robertson cada vez con mayor frecuencia e intensidad, se expresan en la escritura de tres poemas,

suerte de diálogos oníricos con el Mal. Incluí en ellos personajes de cuya existencia supe gracias a la lectura de crónicas de la época.

Manejé también en estos poemas ciertas ideas de carácter religioso que considero muy ricas y complejas en cuanto a su capacidad metafórica. Me refiero a la idea del exilio de Dios como origen del mal. Según la teoría del cabalista Isaac Luria (1534-1572), que es calificada por Gershom Scholem como asombrosa, existe en el principio del drama universal — que es un drama divino — un acto en el que Dios se autolimita, se retira sobre sí y, en lugar de proyectarse hacia fuera, contrae su ser en una honda ocultación de su propio yo. Esta contracción de Dios sobre sí mismo hace posible la existencia de algo que no es total y absolutamente Dios en su pura esencia y representa una forma profundísima del exilio, del autodesierto. “De este modo resulta que todo ser, a partir de aquel acto primitivo es un ser en el exilio y se encuentra necesitado de reconducción a su lugar de origen y redención. (...) El mundo de la naturaleza y de la experiencia humana es el teatro del exilio del alma”.⁶

VI. La muerte.

John Robertson murió en la ciudad de Angostura, aproximadamente un año después de haber regresado del viaje por el Orinoco. La escritura de su diario se interrumpe al finalizar la expedición y, aunque de su lectura se advierte que guarda esperanzas de recuperación, también manifiesta un claro sentimiento de muerte.

En las últimas páginas relata un hecho singular, sucedido dos días antes de arribar a Angostura: mientras buscaba en un banco de arena huevos de tortuga para el desayuno, encontró una cavidad que, según le explicaron, había sido la tumba de un oficial inglés. No había cadáver, lo cual no era tan raro ya que en campaña los muertos simplemente se cubrían con un cuero de res y terminaban así devorados por los animales. En lugar de un cuerpo, Robertson encontró un trozo de papel cubierto de arena, que parecía ser el resto de una carta escrita en inglés. A pesar de sus esfuerzos, sólo pudo reconstruir palabras inconexas. Profundamente conmovido, se alejó del lugar.

Esta última imagen resume con fuerza inusitada la idea que subyace en esta escritura compartida: un hombre observa una tumba vacía, prefiguración de su propia tumba, donde sólo encuentra un escrito borroso y anónimo, testimonio final del dolor, del mal incomprensible.

NOTAS

1 Entrevista a Saeed al Sayyaf. Cable de AP, fechado el 8 de julio de 1989, en Manama, Bahrain. Publicado en el diario “El Nacional”, 9 de julio de 1989, Caracas, bajo el título: “Verdugo Saudita”.

- 2 Alberto Silva Alvarez, *Situación Médico Sanitaria de Venezuela durante la Epoca del Libertador*. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985).
 - 3 Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas* (España: Alianza Editorial, 1976).
 - 4 Idem.
 - 5 *Revista Noaj*, No. 6, (Jerusalem, 1991). Pag. 71.
 - 6 Gershom Scholem, *La Cábala y su simbolismo*. (España: Siglo XXI Editores, 1985), 123 y 127.
-

Las ediciones referidas en el texto que originaron esta ponencia son las siguientes:

Journal of an Expedition 1400 miles up the Orinoco and 300 up the Arauca. J.H. Robinson. (Londres: Casa Black, Young and Young, 1822).

John Robertson. Cirujano del Ejército de Bolívar. José Rafael Fortique. Edición del autor. Maracaibo, Venezuela, 1972.

Blanca Strepponi, *Diario de John Robertson* (Caracas, Venezuela: Editorial Pequeña Venecia, 1990)

Los poemas citados pertenecen al libro inédito *El jardín del verdugo*.